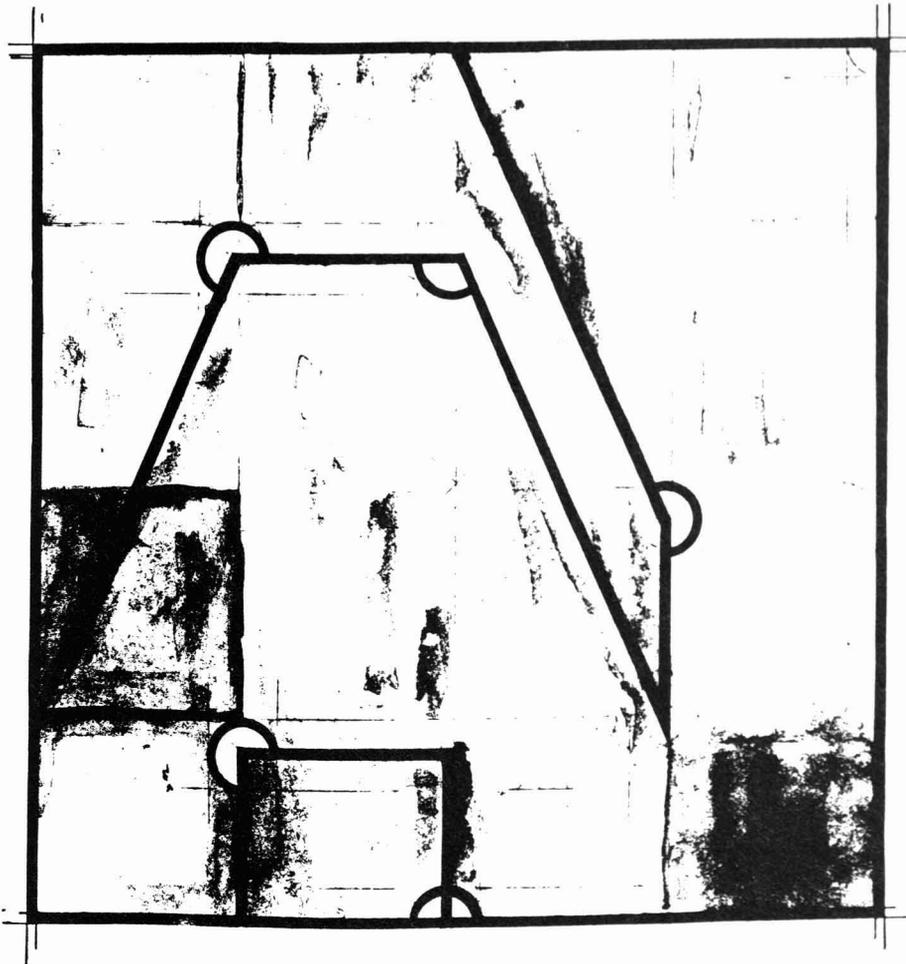


# Trabajo perdido

por Armando Santa Ana

Para solicitar trabajo, cuando los edificios no son laberintos contruados tratando de alcanzar el abrazo de las nubes, el desenvolvimiento en su interior es ágil, de un ritmo agradable, sin embotellamientos de empleados en las escaleras, ni tediosas colas afuera de las oficinas. Sus alcances son un poco modestos, nada de funciones inútiles, sólo los trabajadores necesarios, el ajeteo de su rutina puede combinarse con algunos minutos de charla ligera. En ellos los conglomerados de gente resolviendo asuntos se diluyen en contados instantes de espera, sin un ir y venir en las ventanillas, sin acciones inservibles, sin robar el tiempo a los extraños, pero sobre todo es posible entrevistarse con los funcionarios, no como ahora: el dibujante viene por cuarta ocasión consecutiva y diaria hasta el onceavo piso de un edificio repleto de hombres y mujeres entre escritorios, máquinas de escribir, cacareando alrededor de implementos de oficina; ajetreados como hormigas apuradas por recoger migajones antes de que la lluvia caiga; presurosos de ir de un piso a otro llevando papeles, buscando datos, ignorando su rededor, insensibles. Es la última opción, sin embargo, que el dibujante se concede para conseguir trabajo en ese edificio de cristales riveteados por tiras de azul metálico, con murales de colores al borde de su parte baja.

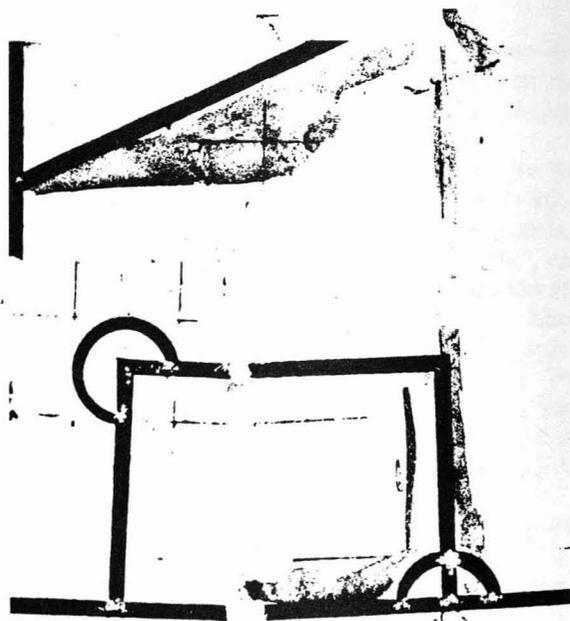
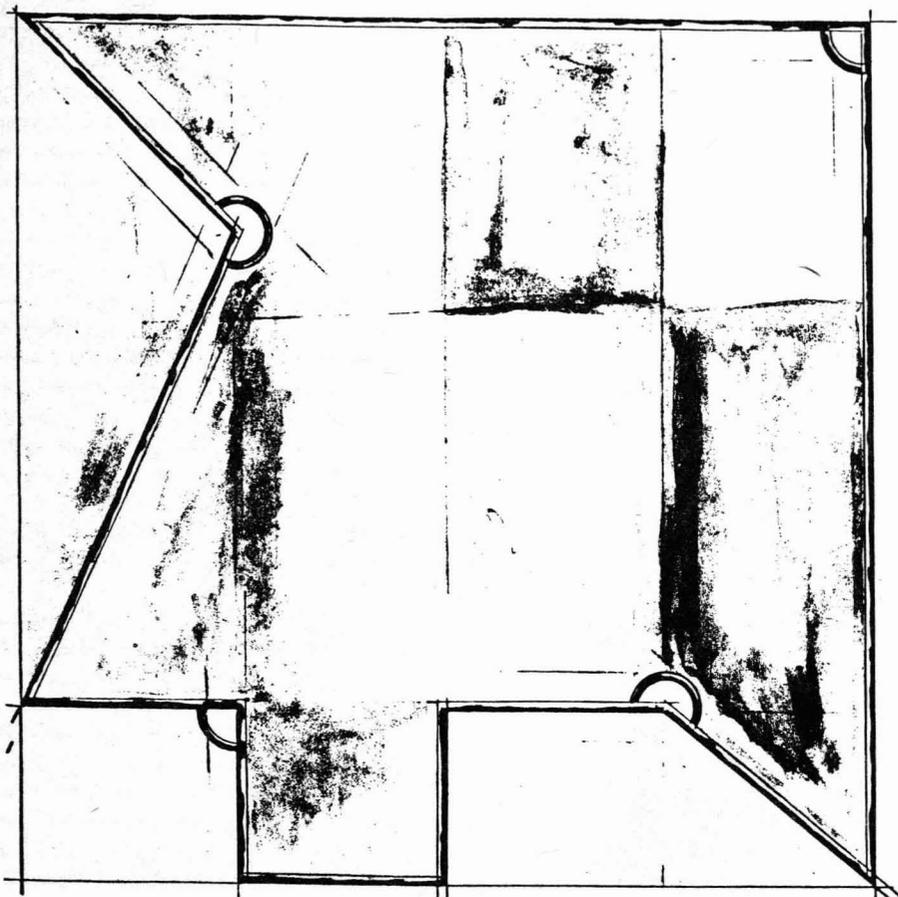


De los dos ascensores uno trabaja. El otro reposa descompuesto en la planta del hall con la boca abierta. De las cajas de pago hasta el exterior del edificio los empujones son la fuente del juego: habilidad para meter los brazos, escurrir los hombros, ijares con incrustaciones de codo, resoplidos fétidos entre perfumes, ningún indicio de sentirse alguien en agravio. Se arremolinan individuos dispersos y pequeños grupos mudos a la espera del elevador; con la cara absorta en las palabras sin compromisos que tendrán que decir; imaginando situaciones posibles inmediatas; por lo que no lograron conseguir, apesadumbrados; con la expresión indiferente de conocer el movimiento laberíntico, cifrado, y de haber venido tanto a platicar, pedir u ofrecer, buscando hundirse en el interior del túnel vertical hacia otros pisos. Un campanillazo de ring, de pronto, suena simultáneamente al encender el foco esmeralda del ascensor avisando a la planta baja su llegada. Una erupción de cuerpos magullados sale al abrirse las puertas, los ocupantes despegan la tela de sus ropas de los cuerpos ajenos; apresurándose, ninguno quiere ser la última lava expulsada por la frialdad del ascensor. Al entrar en él, el dibujante percibe todavía las emanaciones rancias a sudor de viajeros urbanos, que por ese día enlatados desfilaron de piso en piso. Los olores flotan pesados, agrios entre las cuatro paredes de lámina.

El dibujante se introduce para colocarse en un rincón al tiempo que el elevador engulle, a empujones, una tonelada de carne humana. Los blusones se atorán, una sombrilla picotea las medias de la elevadorista, los pasajeros intentan esquivar la docena de paquetes de hojas con que un empleado se abre paso, una esquina de papeles se clava en el costado de uno de ellos desde la cadera a las costillas; por lo que avienta al empleado que va a dar, con nerviosismo y sonrisa, contra un cuerpo vestido de casimir pardo a rayas ocre, quien al ver agredida su ropa no continúa la cadena de empujones, robando por completo la gracia a los incidentes de trabajo, dando a entender con un gesto petulante la ofensa desconocida. De los presentes al parecer ninguno le conoce, pues de inmediato que el ascensor se retaca, saludos con sonrisas entre los que se reconocen inunda el interior del aparato, que comienza a flotar hacia arriba en el vacío. Luego de volver al silencio, de ellos recibe de nuevo ligeros empujones.

Los botones son manoteados. El dibujante se complace cuando aprietan el once, piso donde probablemente lo aguarda el funcionario del departamento de información, quizá tal como lo recibió el primer día: tras de su escritorio escombrado de documentos, señorita tráigame los contratos, con su estatura enorme, dígame al de la imprenta, los músculos fornidos, deme el cenicero, enfundado en su traje de recién egreso de la tintorería, ¿qué dijeron los miembros del consejo?, con el pelo entrecano,

archive estos papeles, alrededor suyo ignorados los teléfonos temblaban al repiquetear hasta que las secretarias dejaron a un lado el nescafé para contestarlos. Al fondo de la oficina, la pared de cristales sucios por gotas secas resbaladas en una capa de polvo dejaba translucir una bruma gris, densa, inabarcable para un valle, llegaba hasta la falda de los volcanes, que parecían los contornos entre el humo irrespirable de los fantasmas tortuosos en reposo. Con un pie extraño sobre su zapato el dibujante recuerda la hora de espera en que sentado frente a él llámele al director, en un sillón de cuero, semejaba un objeto más a la vista del cejijunto señor de la oficina, prepáreme un té, hasta que cansado de esperarlo se levantó hacia el despacho aledaño para visitar al amigo que lo propuso como dibujante para la gaceta de la institución. El amigo, no te preocupes, oculto en su barba roja, no te desanimes, su voz grave y modulada, el trabajo está seguro, le explicó el procedimiento de ingreso: aguardar al día siguiente a que llegara otra persona con necesidad del trabajo, efectuar un examen de oposición, de antemano te digo ya lo tienes ganado, listo, para adentro, el único pero es cumplir con nuestra democracia. Aunque en verdad al estudiante, metido en pantalones de dril y en chamarra impermeable, el

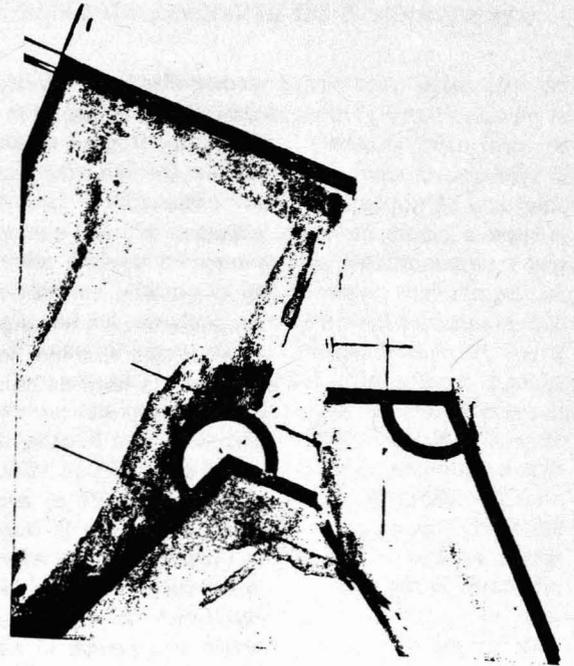


procedimiento no le agradaba, pues con la certeza de sus capacidades sólo pretendía, además necesitaba, el empleo para tener libertad de proseguir sus dibujos.

El ascensor continúa su rutina a la perfección, un viaje despacio por el sobrepeso. La luz roja intermitente salta de un número al otro, mientras los pasajeros como polluelos en cría alzan el rostro estirando el cuello para saber en el tablero la altura a la que se han elevado. Cada vez que se recorren las puertas, pintarrajeadas, estruendosas, bajan uno o dos individuos perdiéndose por detrás de los cancelles, compuestos de vidrio soplado de colores y barras de caoba, casi a la par se introducen, jaloneados por los que quedan fuera, un tanto igual de gente para proseguir el ascenso. En un habitual descuido los bultos del empleado están a punto de caer si no es por una espalda amplia que los amortigua. ¿Asistiría el funcionario?, se pregunta el dibujante cuando al reiniciar la subida en el cuarto piso siente que la indigestión del elevador le oprime con fuerza los riñones contra el pasamanos. El muslo de una mujer comienza a vibrar en su pierna. Le parece recordarla en el departamento de información cuando estaba primero ella de espaldas. La vio al dirigirse con su amigo barbado para mostrarle una serie de dibujos que pudieran acelerar su ingreso a la gacetilla. Eran hechos a pluma con un trazo veloz, queremos dibujos más simples, buscando el detalle, me gustan mucho, viñetas de formas alargadas y sin sombras, pero queremos algo que se entienda hasta sin querer, dibujos en analogía de lo que el dibujante pensaba más revelador de algunos acontecimientos diarios, del trabajo no tienes por qué preocuparte, dibujos que daban vida al humor, todavía no llega la otra persona, regresaba con ellos del acontecer serio a la caricatura, tranquilízate nada más es un requisito ven el lunes.

El fin de semana era una viruta de tiempo pero en un reloj de arena. Durante el transcurso de varios meses sus carrillos se adelgazaban a la espera de emplearse. Así que el fin de semana lo aprovechó para dibujar intensamente, dejando las horas correr sin prisa, recogido al tibio clima de un invierno ciudadano. No obstante, en el interior del repleto aparato hace frío; ni la cercanía ni la fricción de los cuerpos durante el ascenso logran dar por lo menos una pálida imagen de los agradables días en libertad, que transcurren fuera del edificio simplón y gigante. Su oscuridad, la media luz entre aire enrarecido, la monotonía de la subida, los apretujones y los olores de la gente revueltos con el aroma de los lonches, volvían tedioso, pero soportable, su movimiento lento, mientras con disimulo unos a otros se observan, como si debajo de sus rostros, en contrastes de enjutos, serios, indiferentes, se pudieran hallar tan cercanos, al igual que con otras personas se tomaban las manos entre las sombras de sauces moribundos.

A la secretaria que se frota en sus pantalones el dibujante la reconoció por el perfil de su nariz de gancho moreno, al dar vuelta en la oficina conjunta a la del funcionario, señor aquí lo buscan, mostrando sólo un lado de la cara dejaba al descubierto un ojo oscuro, no me dijo de dónde, saltado, quiere



una cita, bajo una ceja espesa y dura, ¿qué le digo?, cubierta hasta la mitad de la cara por la lasitud de su pelo. Sintiendo el dibujante con mayor insistencia sus apenas perceptibles temblores, ella junta más el cuerpo al de él. En el séptimo piso cuatro colegialas se meten al ascensor alborotando con sus gritillos agudos. Apretándose entre sí los pasajeros cercanos a la puerta les hacen lugar, en tanto los demás ocupantes sienten que los huesos ajenos se les encajan con los apretones nuevos. La mujer de nariz aguileña aprovecha los movimientos para descansar la cadera sobre la pierna del dibujante. El deja que su carne suelta pero firme se apoye en él, porque decir algo no es prudente, ya que ella lo hace con tal discreción, con movimientos rápidos y finos, que a los ojos de los presentes parece ni siquiera rozarlo, que estuvieran tan próximos, juntos, sin tocarse. Esa misma ilusión ella la aprovecha para alborotar su cuerpo, así como el de los extraños (los del interior del aparato) se aprietan al suyo a pesar de su cara espantosa, a pesar que semeja un retrato al que no se ha terminado de elaborar en algunas partes, principalmente el ojo: un escobón meciéndose en su cabeza como si navegara abierto a babor de un barco. El dibujante permite que los incidentes se efectúen sin repulsión pero tampoco con placer, más preocupado por los sucesos del día anterior, un lunes vacuo.

El dibujante estuvo en el mismo sillón de espera, sin que el señor jefe de enfrente lo recibiera o dirigiera una palabra. Su amigo de la barba roja no osó presentarse a la oficina. El futuro patrón, inobjetable, concentrado en el paso del aire, leía el periódico; tomando té levantaba el meñique como una vedette sin atractivos muestra la pierna. Aún antes de que el dibujante llegara, aguardaba al funcionario una joven de uñas púrpuras con las piernas cruzadas, hola qué tal, la reconoció como

excompañera de estudios, vengo por un trabajo de dibujante, hablaba con voz más gruesa que los hombres, mi papá es amigo del funcionario, él ya ansiaba los llamaran para hacer el examen, ¿y tú qué haces aquí?, charlaban hasta que los detuvo un puñetazo azotado con todo vigor por el funcionario contra los papeles sobre el escritorio, señorita esto no es posible, un golpe metálico que hizo tambalear las cucharas en las tazas, dígame al señor que no puedo recibirlo ahora, descolgó el saco del perchero, solamente dígaselo a él, echándose por encima del hombro, regreso en media hora, huyendo de la oficina a veloz marcha, que venga mañana.

En el elevador el dibujante duda que el funcionario lo reciba. En el décimo piso el aparato casi se vacía, sin que a la mujer adherida a él le importe recorrerse, ahora sí es notoria su insistencia. Ya en la última parada, primero sale el empleado haciendo equilibrio con su bulto de papeles vírgenes, luego la mujer al atravesar el umbral le dispara al dibujante una mirada de grueso calibre sin dar en el blanco. Las colegialas se pegan a la pared para bajar otra vez. La gente empieza a entrar tirándose apresuradamente de las ropas cuando todavía no acaban de salir todos, incluyendo al dibujante que a empollo-

nes violentos trata de ir hacia fuera. Pero sus esfuerzos se frenan al mirar por encima de las nuca al funcionario del departamento de información luchando por entrar al ascensor. El dibujante detiene sus empujones dejándose ir otra vez hasta el fondo y otra vez para abajo. En un rincón las estudiantes con uniforme bromean y los contactos con desconocidos las horrorizan. En el centro, un señor parece meter sus largos bigotes retorcidos en la oreja de una dama. Al lado de la elevadorista sobran dos huecos que se llenarán en el piso inmediato inferior. De nuevo, los riñones del dibujante presionan el pasamanos sin perder de vista al hombre por el que tanto ha aguardado.

El funcionario se acompaña de la hija de su amigo, la excompañera de escuela del dibujante. Aventaja dos palmos por arriba del pelo a los pasajeros, espiándolos por encima de sus cráneos con la particular facultad de no mirar propiamente hacia lado alguno; en medio de la concurrencia, a pesar de su altura, es una sombra impersonal, está aislado, transparente. Para asegurarse de traerla, el estudiante palpa la cartera llena de trabajos nuevos, que no le satisfacen, los trae como una concesión suya para que a la vez le faciliten otra: él hacía dibujos feos y ellos le daban trabajo. Los dibujos eran ya sin humor, los detalles desaparecían, los volúmenes se esfumaban, sin embargo para el gigante su presencia en el elevador le es indiferente. Sin parar en los demás pisos desde el noveno, el aparato descende lentamente, sujeto por cables tensos. Con presiones más dolorosas que durante la subida el dibujante ya no siente los cuerpos a su lado ni el cromo frío del pasamanos. La rutina del ascensor es llevada a cabo con paciencia. Al llegar a la planta baja, además del conglomerado que los separa, la urgencia por entrevistarse con el funcionario, entorpece sus movimientos. Saliendo a empujones en favor y en contra de las corrientes humanas, a lo lejos ve que el funcionario con la muchacha se alejan hacia los patios. Golpeando, librándose de los obstáculos, los persigue por las escaleras cuando ya descienden rumbo a la explanada de cemento y pasto donde se esparce la sombra geométrica del edificio. Los alcanza jadeante, señor ¿puedo hablarle?, con resuellos vibrantes, me refiero al trabajo, un rayo de luz le mancha las rodillas de sol, vengo a solicitarlo por cuarta vez con ésta.

— ¿Ah, sí?, pues yo es la primera vez que lo veo en mi vida. Venga mañana.

El estudiante los ve irse caminando, al dar vuelta de inmediato, entretenidos con su plática mutua. Los tres parados sobre un sol rociado en el patio entre la bruma del mediodía pasan a ser, a partir del momento, eternos desconocidos. El dibujante también da vuelta, hacia su casa, rompiendo los dibujos, sintiéndose en libertad, tallándose los párpados para percatarse que, a pesar de la necesidad y su oportunismo, de este trabajo sólo había sacado una lagaña.